

## LOCURA EN LAS MALVINAS

Roland Ely

"Rule Britannia, Britannia Rule the Waves"

And as they buffet in the unruly waves  
Of South Atlantic  
Are they to learn at last  
Britannia is no more?

("Reina, Britania, entre las olas reina")

Y debatiéndose en las rebeldes olas  
del Sud Atlántico,  
¿Han de saber al fin:  
Britania ya no existe?)

(Cuarteta y versión española por Usha Bali)



Nos parece apropiado empezar nuestras reflexiones sobre la crisis actual en el Océano Atlántico Sur con esta cuarteta de una poeta argentino-venezolana. Así responde al antiguo desafío naval británico (la canción bicentenaria "Rule Britannia") con estas breves líneas en correcto inglés aprendido en el Consejo Británico de Buenos Aires.

### 1. ANTECEDENTES HISTÓRICOS Y JURÍDICOS

Desde la primera semana de abril, los medios de comunicación social nacionales e internacionales han divulgado enormes cantidades de información sobre la lucha anglo-argentina por las Malvinas o, conforme al mundo angloparlante, las Falkland. Sería redundancia recapitular aquí la historia de los españoles, holandeses, franceses, ingleses, argentinos y norteamericanos que han visitado y, a veces ocupado aquel archipiélago durante los

últimos cuatro siglos. Tampoco cabe dentro del espacio de este artículo una revisión a fondo de las bases jurídicas para las reclamaciones argentinas y británicas. Sin embargo, es interesante anotar las opiniones de dos autoridades norteamericanas que, al parecer, son desconocidas en Venezuela.

Como se sabe, el asentamiento del navegante francés Louis Antoine de Bougainville en la Malvina Oriental (1764) fue adquirido por España (1766), mientras el capitán inglés John Byron fundó Puerto Egmont en la isla Saunders (1765), unos cuantos kilómetros al noroeste de la Malvina Occidental, colonia inglesa que fue suprimida (1770) por los españoles. Luego, España restauró Puerto Egmont (1771) bajo la condición de que los ingleses lo abandonarían con prontitud; unos años después (1774) la Corona británica cumplió con esta obligación. No volvieron a ocupar ninguna parte de las Malvinas hasta nueve años después de la Batalla de Ayacucho y la desaparición del Imperio español en Sudamérica. De acuerdo con la minuciosa investigación de Joseph Goebel, Jr. (*The Struggle for the Falkland Islands: New Haven, 1927*), "Tan pronto como los ingleses abandonaron Puerto Egmont, ... los españoles ejercieron una soberanía total sobre todo el grupo de islas, sin limitar sus actos de gobierno a las islas, sino que los ejercieron también sobre las zonas alrededor".

C. Neale Ronning (*Law and Politics in Inter-American Diplomacy: New York, 1963*) afirma que, "Estos actos no parecen haber sido nunca discutidos y aparentemente recibieron la aprobación de la Gran Bretaña en el Convenio de Nookta Sound [con España en 1790], el que reconocía el *statu quo* en la mitad austral de la América del Sur". Goebel

concluye que, "El derecho de la nación argentina para ocupar el lugar de España con respecto a la soberanía sobre las Islas... quedó establecido por el triunfo de la revolución [argentina] y por la afirmación [1820] y mantenimiento de la soberanía [mediante la imposición de reglamentos de pesca, nombramiento de un gobernador y permisos de concesión de tierras] sobre las islas, ejercida contra España." Por su parte, Ronning declara que, "Según el más cuidadoso estudio de toda esta controversia, la ocupación británica [por la fuerza en 1833] difícilmente podía haber sido considerada como otra cosa que una franca invasión de territorio."

Uno de los análisis eruditos más recientes de la controversia de las Malvinas merece mención por su objetividad profesional y por su rigurosa metodología, no porque se haya escrito por un historiador británico. El profesor Peter J. Beck, al comentar los obstáculos erigidos por burócratas preocupados por la seguridad nacional en Whitehall para desalentar la investigación del reclamo británico en el archipiélago, señala que el plazo de espera normal de treinta años para la apertura de los archivos gubernamentales en Inglaterra se ha prolongado a cincuenta años para el periodo posterior a 1920. Al expirar este límite, el status reservado de algunos documentos ha sido extendido en realidad a cien años. "Aunque uno espere ciertas restricciones al tratarse de un problema vigente que involucra la soberanía territorial", nos dice el historiador británico, "la imposición de trabas excesivas... puede tomarse como una indicación de que podría haber algo que esconder."

Sin embargo, algunos documentos "cerrados" parecen haber escapado al ojo del censor, quizá

por descuido o por procedimientos no científicos. Estos confirman las sospechas del profesor Beck. Antes de 1914 y también entre las dos guerras mundiales, nos informa, "está claro que el Ministerio de Relaciones Exteriores había a menudo expresado dudas acerca de la validez de la reclamación británica en las islas." Beck cita a un preocupado oficial del Ministerio que confiesa en 1935 que "no podemos confiar que nuestra reclamación a las islas tenga éxito en caso de que sea sometida al arbitraje." Una importante razón por su pesimismo era evidente, como Beck nos señala prontamente: "el cuerpo arbitral podría decidir, como algunos otros miembros del Ministerio (1911) que Gran Bretaña había tomado una posesión argentina." (Peter J. Beck, "Cooperative Confrontation in the Falkland Islands Dispute: The Anglo-Argentine Search for a Way Forward, 1968-1981, *Journal of Interamerican Studies and World Affairs*, Vol. 24, No. 1, febrero de 1982).

Después de la recuperación argentina de las Malvinas en abril de 1982, un ex-embajador de Venezuela en América Latina publicó una interpretación ingeniosa de los acontecimientos históricos con motivo de ofrecer una salida honorable del dilema de las Malvinas. Según Santiago Ochoa Antich ("Una contribución a la paz," *El Diario de Caracas*, 25-04-82) Argentina podría abandonar la Malvina Occidental, asimismo las islas y los islotes adyacentes, a base de los derechos adquiridos por los ingleses en su efímera colonia de Puerto Egmont. También, Argentina entregaría la isla Georgia del Sur y el archipiélago de los Sandwich del Sur porque "todos fueron descubiertos por el Reino Unido, enteramente deshabitados." Además de esto, anota el embajador Ochoa

Antich, "Durante todo el siglo XIX no constituyeron parte de la colonia de las Falkland, a la que se anexaron en 1908." Así, Argentina quedaría con "la Malvina Oriental y las islas e islotes adyacentes que son, sin ningún género de duda argentinos."

La República Argentina y Gran Bretaña restablecerían sus relaciones diplomáticas y consulares y sería designada, continúa el embajador venezolano, "una comisión para negociar lo referente a plataforma continental y mar patrimonial." Dejando a un lado la reiterada preocupación británica por los deseos de sus súbditos en Puerto Argentina (Stanley para los ingleses) y el resto de la Malvina Oriental, tal vez hubiera sido éste un punto de partida útil para negociaciones antes de que la flota británica atacara las Malvinas. Por desgracia, después del hundimiento del crucero General Belgrano (fuera del bloqueo de 200 millas declarado entonces por Gran Bretaña) y del destructor Sheffield (mortalmente herido dentro de la misma zona de guerra), tales sugerencias, por muy bien intencionadas que sean, no serán escuchadas.

## 2. ERRORES DE CALCULO ARGENTINOS Y BRITANICOS

Sin intentar predecir el futuro curso de los acontecimientos en la trágica y contraproducente guerra no declarada iniciada por el Reino Unido contra una de las más importantes repúblicas americanas, podemos por lo menos comenzar a preguntarnos cómo se inició y qué pudiera suceder en las semanas y meses próximos. Se nos hace evidente que ambos contendientes cometieron graves errores al anticipar las reacciones de su adversario y las de distintas partes no interesadas subsidiariamente afectadas por la guerra. Por un lado, el costo de

la defensa adecuada de las Malvinas estaba evidentemente muy fuera de proporción a su posible valor estratégico para una potencia de magnitud mediana situada a trece mil kilómetros del archipiélago, como también al tamaño de su pequeña población, en franca declinación. En segundo lugar, durante casi dos décadas de infructuosas conversaciones, los diplomáticos de Whitehall pueden haber inconscientemente dado a sus colegas argentinos la impresión de que el gobierno de Su Majestad Británica nunca iría a la guerra por las Malvinas. "Sospecho que algunos de mis colegas más desaprensivos pueden haber llevado a los argentinos a creer," relata un negociador británico del pasado, "que no nos importaría demasiado que nos quitaran el problema de las manos." (Citado por Anthony Sampson, "The Diplomats Vs. the People," *Newsweek*, 19-04-82)

Entretanto, la administración del presidente Ronald Reagan hacia continuos y por último exitosos avances amistosos para con el régimen militar en Buenos Aires, tratando de mejorar las relaciones argentino-norteamericanas después de la preocupación un tanto selectiva de Jimmy Carter con los derechos humanos en ambos hemisferios. La junta argentina parece haber creído que como *quid pro quo* por prestar su pericia en la liquidación de guerrilleros y colaborar de otras maneras con la cruzada anticomunista en América Central, Washington haría la vista gorda, si decidieran recuperar las Malvinas. Se ha dicho que, a causa del extremo secreto que rodeó sus planes para la recuperación física del archipiélago, los generales y almirantes prefirieron no consultar con diplomáticos veteranos del servicio exterior argentino que se hallaban familiarizados con el laberinto de la política en Washing-

ton. Ellos habrían confirmado la creencia de la Casa Rosada de que el plan maestro de Reagan fue la revitalización de la Doctrina Truman (1947) basada en la contención de la expansión soviética a través del mundo. Pero también habrían recordado al General Leopoldo Galtieri y a sus colegas castrenses que las cosas han cambiado mucho desde los tiempos de Harry Truman.

La superioridad militar global de los Estados Unidos con respecto a la Unión Soviética ha declinado a una posición de relativa paridad en el terreno nuclear y clara inferioridad en el de las armas convencionales. Además, el pueblo norteamericano, que todavía sufre del llamado "síndrome de Vietnam", se halla abocado a la más grave recesión económica experimentada desde la Gran Crisis en la década del 30. Washington ha tenido que reducir sus compromisos a lo largo del mando y asignar prioridades específicas a las demandas que se realizan sobre los limitados recursos financieros y militares de la nación. Desgraciadamente para Buenos Aires, los objetivos más apremiantes para Reagan no incluían a Latinoamérica, y mucho menos a la Argentina.

En las palabras de Robert E. Osgood, conocido internacionalista y miembro del Consejo Nacional de Seguridad durante la era de Nixon y Kissinger, "el rejuvenecimiento de la economía norteamericana y la restauración del balance militar [con la Unión Soviética]... la revitalización de la Organización del Tratado del Atlántico Norte [OTAN] y el logro de un equilibrio militar y político estable en el Sudoeste de Asia [es decir el Cercano y Medio Oriente]", son los cuatro pilares del plan maestro de la Casa Blanca para revivir la Doctrina Truman. ("The Revitalization of Containment", *Foreign Affairs*,

Vol. 60, No. 3, 1982). A la hora de la verdad, OTAN y Gran Bretaña, el socio más fiel de Washington en esta alianza, pesarian más que el Tratado Interamericano de Asistencia Recíproca (TIAR), y la Argentina. No importa cuán deseable la amistad de ésta pareciera ante la administración republicana conservadora, era sin embargo menos vital para los intereses geopolíticos y económicos de los Estados Unidos en el Hemisferio Occidental que, por ejemplo, la de Canadá o México. La amistad del urbano presidente azteca era más asiduamente cultivada por su homólogo norteamericano que la de casi cualquier otro primer mandatario del mundo occidental.

Hay también alguna evidencia para sugerir que la intriga surafricana pueda haber seducido a Buenos Aires. "Existe la impresión de que los militares argentinos confiaban en que Washington estaba suficientemente informado sobre su plan en las Malvinas", nos dice de la capital sureña Rogelio García Lupo ("El Juego de Suráfrica", *El Nacional*, 06-05-82), "y que lo aprobaba en general, pero seguramente confundieron su contacto en ese país con los activos miembros del 'lobby' surafricano." Desde 1969, sigue el analista argentino, Suráfrica habría maniobrado "a favor de un eje entre Buenos Aires y Pretoria" para promover la seguridad del Atlántico Sur. Ya esta última ha ofrecido la antigua base naval de Simmonstown, cerca de la Ciudad del Cabo, a Londres para reabastecer su flota expedicionaria y apoyar cualquier acción bélica contra la misma Argentina. Resultó, de acuerdo con García Lupo, que "muchas personalidades [principalmente de la extrema derecha] de los Estados Unidos, a quienes se recibió en Buenos Aires como figuras influyentes en Washington, son real-

mente miembros del 'lobby' surafricano allí, antes que reales personalidades políticas y militares locales".

Por su parte, la primer ministro Margaret Thatcher, y sus asesores parecen haber interpretado mal las señales que emanaban de Buenos Aires. Whitehall y "la dama de hierro" no pudieron persuadirse de tratar al General Galtieri seriamente, pese a las informaciones de fuentes fidedignas de que había jurado que los ingleses nunca celebrarían el sesquicentenario de su toma de las Malvinas en el año 1833. Igualmente sorprendente para una monarquía constitucional que tiene diez veces el número de súbditos viviendo en el territorio argentino continental como los que se encuentran en las Malvinas —para no mencionar cien mil o más argentinos de reciente ascendencia británica— fue la insensibilidad del Gabinete de la Thatcher al hipersensible orgullo nacional argentino, y a su impecable derecho a por lo menos la mitad del archipiélago malvinense. Como lo evidencian el rescate de unos setecientos oficiales y marineros del torpedero General Belgrano en mares tumultuosos y en temperaturas gélidas, como también la fatal avería sufrida por el Sheffield y, al parecer, los daños infligidos al portaviones Hermes, la Real Armada subestimó seriamente la calidad del equipo bélico de su adversario y la de los hombres a quienes se les confiara la defensa de su patria.

### 3. PELIGROSA NOSTALGIA BRITANICA

Las desdeñosas bravatas del contralmirante John ("Sandy") Woodward hubieran estado más acordes con el ampuloso estilo del General Charles George ("Chinese") Gordon, antes de que "el

chino" fuera matado en el Sudán Egipcio por las fuerzas antiimperialistas del Mahdi Mohamed Ahmed en 1885, que apropiadas para el comandante de la fuerza de tarea naval más grande reunida por Gran Bretaña desde la II Guerra Mundial, "La Georgia del Sur fue el aperitivo", se glorió el efervescente almirante a bordo de su buque insignia Hermes, poco antes de su rudo bautismo de fuego en las Malvinas, "Ahora nos toca darles el golpe de gracia", se jactó ante la prensa internacional. "Esta es la práctica para el partido principal, que en mi opinión serán un triunfo fácil". (Citado en Time, 10-05-82). Lejos de aterrar al pueblo argentino incitándolo a la sumisión, las observaciones de Woodward simplemente fortificaron la voluntad nacional de resistir "hasta la muerte", de acuerdo a los carteles exhibidos en demostraciones patrióticas en tierra firme.

80

La Señora Thatcher por su propia admisión, ha asumido plena responsabilidad por todas las decisiones militares importantes. Si estuviera lo suficientemente desesperada como para autorizar ataques contra las bases aéreas y navales continentales argentinas, sólo podemos esperar que sus aliados en la OTAN y en la Comunidad Económica Europea, si no la misma opinión mundial expresada en las Naciones Unidas, serán capaces de detenerla antes de que desate un tal desastre para el mundo occidental. La rabia diseminada por las mordeduras de una tal mujer-lobo, podría infectar de furor bélico al resto del continente. Por otro lado, a pesar del triunfo del Partido Conservador (Tory) en las elecciones locales llevadas a cabo hace poco en Gran Bretaña, el Partido Laborista pueda quizás, forzar a la Cámara de Comunes a pasar un voto de retiro de confianza en el gobierno actual, antes de que

pueda constituirse un tan siniestro escenario.

El régimen militar autoritario argentino (o el estado policíaco del General Augusto Pinochet en Chile, o la dictadura totalitaria de Fidel Castro en Cuba) sufre, obviamente, al ser comparado con las pocas democracias hoy sobrevivientes en Latinoamérica. Pero los intentos de la Señora Thatcher y los halcones de su "Gabinete de Guerra" de asemejar al General Galtieri a Adolfo Hitler, de trazar paralelos entre la reconquista de las Falklands y las hazañas del pueblo británico durante la II Guerra Mundial son intentos de distorsionar la historia y de insultar la memoria de 36.000.000 de hombres, mujeres y niños que murieron en el holocausto de Marte. En primer lugar, el General Galtieri no es un dictador, sino un *primus inter pares* en el triunvirato militar. Hasta se dice que tuvo que consultar con no menos de cuarenta altos oficiales de las fuerzas armadas acerca de propuestas llevadas a Buenos Aires por el General Haig, durante los infructuosos esfuerzos del Secretario de Estado norteamericano para lograr un arreglo pacífico de la disputa anglo-argentina. En segundo lugar, la junta argentina puede representar una amenaza a la paz en el Cono Sur desde el punto de vista del General Pinochet, pero difícilmente para el mundo entero, como en el caso de Hitler y de la Alemania nazi, aliada con el entonces Imperio japonés.

#### 4. PATRONES AMBIVALENTES EN EL REALPOLITIK ANGLO-AMERICANO

En realidad, ciertos aspectos de la liquidación del Imperio británico, llevada a cabo en forma generalmente pacífica después de la II Guerra Mundial, parecen haber dejado algo que desear en

cuanto a la autodeterminación tan piadosamente reclamada para menos de dos mil "kelpers" en las Malvinas. La partición de la India británica, por criterios demográficos y religiosos en 1947, dio un saldo de medio millón de muertos y doce millones de refugiados. Cinco años más tarde, la Corona británica despachó tropas a Georgetown, Guyana, donde quitaron del poder por la fuerza al Dr. Cheddi Jagan. El gobierno de Su Majestad Británica se hallaba más preocupado por las simpatías comunistas de Jagan que por el hecho de que su Partido Progresivo del Pueblo había ganado 18 de las 23 bancas en la Asamblea Nacional guyanesa seis meses antes. Anthony Eden, primer ministro de un gobierno del Partido Conservador, como la Señora Thatcher, conspiró con Francia y con Israel, en 1956, para apoderarse del Canal de Suez por la fuerza y para derrocar al presidente nacionalista y carismático de Egipto, el Coronel Gamal Abdel Nasser. En aquel caso, el General Dwight Eisenhower (un presidente del Partido Republicano, como Ronald Reagan, y anteriormente comandante en jefe de todas las fuerzas aliadas en Europa durante la II Guerra Mundial) y John Foster Dulles (su probritánico Secretario de Estado), no perdieron tiempo para forzar a los invasores a abandonar su juego quijotesco y extremadamente peligroso.

El caso de la isla o atolón de Diego García en el Océano Indico no convulsionó al mundo como crisis de Suez, pero la suerte de sus 1.200 habitantes nos ofrece un contraste llamativo con la "extrema importancia" de los 1.800 malvinenses para la primera ministra Thatcher. Tres años antes de otorgar la independencia a más de 800.000 habitantes de la isla azucarera de Mauricio en 1968, Gran Bretaña les arrebató

Diego García que, pese a su posición 1.900 kms. al nordeste, tradicionalmente había sido dependiente de Mauricio. Como compensación por la pérdida del mismo, los mauricianos recibieron tres millones de libras esterlinas. Diego García pasó a formar parte del nuevo Territorio Británico del Océano Indico, firmemente bajo el control directo de la Corona.

El verdadero propósito de Londres para la ejecución de tales manejos en la administración del Océano Indico parece haber sido su deseo de facilitar acuerdos con Washington (en 1966, 1972 y 1976), que permitirían la instalación y el paulatino engredecimiento de una base naval y aérea en Diego García. Era poco probable que los grupos políticos de izquierda de Mauricio, (autónoma desde 1964) hubieran accedido a una colaboración militar anglo-americana de este tipo, (similar al arreglo vigente en la pequeña isla de Ascensión en el Atlántico Sur), mientras el atolón permaneciera dentro de la jurisdicción mauriciana. El creciente poder de la Marina de Guerra Soviética en el Océano Indico, como también la consolidación de la influencia de Moscú en Etiopía, Yemen del Sur y Somalia (hasta su invasión por tropas etíopes y cubanas), confirmó la importancia estratégica de Diego García, para los inquietos generales y almirantes del Pentágono. Desgraciadamente para los habitantes nativos, su presencia no era deseable durante o después de la transformación de la que fuera una isla tranquila en un portaviones inmundible. Así fueron trasladados, quieras que no, a la misma ex-colonia de Mauricio de la que Gran Bretaña los separara políticamente en 1965.

El aspecto más significativo de estos acontecimientos (en lo que concierne a las Malvinas), es que Londres nunca consultó los de-

seos de la población en cuanto a su deportación a Mauricio. Aunque la historia anglo-americana abunda en episodios más brutales de eliminación de poblaciones superfluas, nativas o extranjeras, no se puede dejar de recordar el caso de la expulsión de la población franco-canadiense de Acadia (luego Nueva Escocia), ordenada en 1775 por Jorge II de Inglaterra, episodio después inmortalizado por Longfellow, en su poema épico "Evangelina." Aunque los antiguos habitantes de Diego García parezcan haber corrido mejor suerte que Evangelina y su novio, su situación no es nada envidiable. La agencia France Press nos dice (Frontera, 12-05-82) que, según sus vecinos de Mauricio, "este desplazamiento de la población les trajo graves problemas económicos y sociales". Por obvias razones, culturales y raciales, su traslado forzoso desde su remoto atolón a la densamente poblada y multilingüe Mauricio, con sus

hindúes criollos franceses y chinos, ha constituido una experiencia más devastadora que la suerte sufrida por unos 500 malvinenses que abandonaron voluntariamente el archipiélago a partir de la década del 30. Es importante anotar que algunos de estos desilusionados "kelpers" eligieron quedarse en el territorio continental argentino, donde encontraban mejores oportunidades que en el Reino Unido.

En el Hemisferio Occidental, es interesante contrastar la respuesta argentina a la crisis de misiles cubana en octubre de 1962, con un pronunciamiento reciente acerca de la guerra no declarada en las Malvinas, realizado por Gaspar Weinberger, el Secretario de la Defensa de Ronald Reagan. Weinberger esperaba que el plan de paz de las Naciones Unidas tuviera éxito pero dijo, "Si no, estamos detrás de los británicos hasta el final". (El

Nacional. 08-05-82). Hace veinte años, Robert Osgood nos recuerda, (*Alliances and American Foreign Policy*: Baltimore, 1968), siguiendo "una recomendación del Consejo de la OEA de que los miembros prestasen medidas individuales y colectivas contra la intervención soviética, las Repúblicas Argentina y Dominicana enviaron fuerzas navales, que se unieron a las fuerzas de los Estados Unidos en un 'contingente combinado de cuarentena'." Parece sumamente irónico que Washington ahora anuncie públicamente su decisión de colaborar con "la dama de hierro" en la destrucción de la misma armada argentina que voluntariamente enviara a sus naves de guerra para fortalecer el cordon sanitaire del presidente Kennedy en torno a Castro y a los equipos rusos de misiles nucleares estacionados en Cuba.

Un distinguido politólogo norte-

americano ha identificado lo que describe como un "fenómeno peculiar en Gran Bretaña, Estados Unidos y unas cuantas democracias de la Europa occidental", con el que los actuales gobernantes argentinos no parecen haber estado familiarizados antes de abril de 1982. De acuerdo con Arnold Wolfers ("La tradición anglo-americana en política exterior", en Stanley H. Hoffmann, *Teorías contemporáneas sobre las relaciones internacionales*: Madrid, 1963), "En estos países las circunstancias políticas internas se hallan en notable contraste con las circunstancias con que estas naciones se enfrentan en sus relaciones exteriores". No hace falta retrotraerse a los días anubarrados de la diplomacia del dólar en Centroamérica y el Caribe en el caso de Washington. Basta mencionar evidencia más reciente: por ejemplo la expulsión por la fuerza de Jacobo Arbenz en Guatemala (1954), la Bahía de Co-



chinos en Cuba (1959), la invasión de la República Dominicana realizada por Lyndon Johnson (1965) o la desestabilización de Salvador Allende en Chile (1973). En este contexto la siguiente afirmación de Wolfers adquiere significación adicional: 'Las circunstancias internas se caracterizan por el orden, la legalidad y la paz que derivan del consenso popular sobre los principios... pero las relaciones exteriores continúan estando llenas de duras luchas, violencia y prácticas maquiavélicas'.

##### 5. EL MUNDO DE RONALD REAGAN Y LA DECLINACION DE LA INFLUENCIA ESTADOUNIDENSE

En un último análisis, Washington debe asumir su parte de la responsabilidad por cualquier promesa hecha en privado al gobierno de la Thatcher, antes de que el General Haig decidiera ignorar el TIAR. Las consecuencias de la histórica votación (170) en favor de Argentina, (con la abstención de Estados Unidos, Chile, Colombia y Trinidad-Tobago), amenazaron la futura via-

bilidad del así llamado sistema interamericano. En realidad, la resolución fue muy moderada y se limitaba a confirmar los derechos argentinos a la soberanía sobre las Malvinas, urgiendo a ambos lados a resolver su disputa sin recurrir nuevamente a las armas. La premura con que el General Haig abraza la causa británica después de la mencionada votación, al mismo tiempo que critica la intransigencia de la junta argentina, ha arrojado ciertas dudas sobre su sinceridad como honesto intermediario entre Londres y Buenos Aires. Washington también deberá aceptar la responsabilidad que le toca por haber ofrecido cheques en blanco como el de Weinberger a Gran Bretaña, cuando la mediación de Haig no pudo resolver la disputa acerca de las Malvinas. Ciertas observaciones hechas por un analista norteamericano de la Europa occidental y OTAN nos ayudan a explicar estos procesos dentro de los parámetros de la percepción de la Casa Blanca de la comunidad mundial. 'La política exterior de Reagan asume que alianzas desordenadas y gobiernos autoindulgentes pueden disciplinarse y ser devueltos al camino recto',

escribe Michael M. Harrison ("Reagan's World", *Foreign Policy*, No. 43, verano de 1981). "Anticipa que la restauración del poderío militar de los Estados Unidos como fuerza motriz de la autoridad internacional estimulará un anhelo sublimado de liderazgo y una inclinación a la servilidad por parte de los estados clientes más vacilantes". Si ése es el caso, parecería que ha llegado el momento para que el Señor Reagan discipline tanto a la rebelde "dama de hierro" como al gobierno autoindulgente de Buenos Aires.

Como subsecuentemente señala Harrison, "Por lo menos durante dos décadas los Estados Unidos no ha demostrado ninguna maestría al juzgar las tendencias internacionales". No son los menos importantes entre estas tendencias, debemos agregar, la creciente marea del nacionalismo en el Tercer Mundo y la así llamada confrontación Norte-Sur. "Ha habido grandes calamidades como también un deplorable deterioro de la reputación y de la influencia estadounidenses", continúa Harrison. "A diferencia de lo que sucedía en el pasado reciente, sin embargo, en la década del 80 las consecuencias de errores serios en

nuestros cálculos pudieran amenazar el orden mismo establecido en la postguerra". Concluye con la sombría advertencia que, "un error drástico en cuanto a la naturaleza del sistema internacional podría colocar al Occidente y al mundo en una situación de gran peligrosidad".

Los errores de cálculo ya cometidos por el General Leopoldo Galtieri y sus socios castrenses, y aquellos agregados por la primera ministra Margaret Thatcher y sus halcones, han ya producido una situación muy explosiva en el Atlántico Sur. Futuros errores cometidos por el presidente Ronald Reagan, su Secretario de Estado Alexander Haig, el archirriual de este último, Gaspar Weinberger, o por consejeros influyentes de la Casa Blanca, pudieran escalar la guerra no declarada de hoy a una conflagración general, así colocando al mundo en la situación de gran peligrosidad temida por Harrison. "¿Han de saber al fin: Britannia ya no existe?" ¿O van a prender la mecha de la III Guerra Mundial? Por ahora, en Londres y Washington parece que todavía cantan, "Reina, Britannia, entre las olas reina".